

## MIGRACIONES

Hace una semana, Rafael, enviaste un correo en conexión con la charla de esta noche, que decía: “Buscaremos, con la opinión de dos emigrantes, qué hacer con los europeos, africanos o asiáticos que quieren instalarse en España. ¿Habría que aceptar a todos? Habría que aceptar sólo a los que consiguen entrar? ¿Habría que cerrar las puertas? ¿Dónde y cómo los alojamos?”

Son largas, amplias y difíciles las preguntas que Rafael propone, y tengo que decir que no soy capaz de dar respuestas a estas preguntas. Lo que quisiera hacer, más bien, es darle un toque personal al tema, por la mayor parte basado en algunas experiencias, a veces divertidas, que un migrante puede conocer, así como algunos contextos en que hoy en día encontramos el fenómeno ‘migración’

Las palabras ‘migración’ y ‘migrantes’ aparecen actualmente en muchos contextos. Ignacio Sánchez-Cuenca, profesor de Ciencia Política en la Universidad Carlos III de Madrid, se refiere en su libro *La Desfachatez Intelectual* a un artículo escrito por Jon Juaristi, que se llama justamente “Migraciones”. Juaristi habla con condescendencia sobre las reacciones de indignación, compasión y rechazo que produce la suerte de los miles de refugiados sirios que quieren entrar en Europa, e ironiza sobre la culpa que sienten los europeos biempensantes. ¿Qué saben los fugitivos sirios? pregunta Juaristi. Saben que llegar al corazón de la Europa rica requiere llegar al corazón de los europeos, y por eso traen niños. ‘Escudos humanos’, en otras palabras. Peligrosamente parecido a lo que sugerían los

apologetas de ETA cuando moría un hijo de un guardia civil en un atentado con coche bomba.

El libro de Sánchez-Cuenca es una crítica de la tendencia de los intelectuales y los escritores de este país de aprovechar de su prestigio y su fama como novelistas y ensayistas escribiendo columnas en la prensa de hoy con criterios malamente preparados, y muchas veces sin el rigor que hace falta para preparar un argumento convincente y aceptable. En otros países, dice él, existe muchas veces un cuerpo de periodistas que someten el tema bajo discusión a un rigor por el cual intentan tratarlo desde varios ángulos, mientras que en España hay una cantidad de escritores, cuya fama, ya establecida, influye en que escriban sus columnas sin la seriedad y el rigor absolutamente necesarios.

La argumentación la encuentro muy acertada, y quisiera recomendar calurosamente su trabajo.

‘Migrantes’ son también los jóvenes españoles quienes han emigrado – dos millones y medio, un crecimiento de 5,6% anual y la cifra más alta desde 2008. En un seminario celebrado por el periódico digital El Español bajo la tutela de Pedro J. Ramírez, José Luis Rodríguez Zapatero pidió a las grandes fortunas españolas – las empresas – un mecenazgo para hacer volver a estos talentos perdidos. Dice Zapatero que en el área privada en otros países se ofrece ayuda a los buenos talentos mientras aquí no, y pide a las empresas privadas que rescaten el talento de estos emigrantes del extranjero.

Pero quería esta noche darle al tema de migraciones un toque más personal. Según la breve descripción que acompaña a cada ponente, yo tendría que haber migrado del Reino Unido (lo que sí que he hecho a la edad de 22 años) a Suecia (donde viví durante 40 años) para finalmente

aterrizar en España, supuestamente para el resto de mi vida. Aquellos dos países, el Reino Unido y Suecia, representan quizá hoy en día, los dos extremos en el actual debate sobre lo bueno y lo malo de la migración, y esto en más de un sentido. Por un lado Londres, con el primer alcalde musulmán de una capital de un país de la Unión Europea, es un efervescente centro de pueblos y razas de cada rincón del mundo, al mismo tiempo que hay en el país autoridades insistiendo en controles dentales para determinar la edad de jóvenes elegibles para entrar en el país bajo sospecha de ya no ser jóvenes. La culpa del llamado Bréxit, que ganó el referéndum de este verano, se debe, se ha dicho, a cierta hostilidad y xenofobia frente al aumento de inmigración en el país, aunque el porcentaje sea de un 6%, mientras que en Suecia es más de 13% de su población, siendo el segundo país europeo en acoger a los refugiados. Por otro lado - un detalle que no es bien conocido en términos generales - el partido político que ha disfrutado más que otro en Europa en cuanto a políticas anti-inmigrantes, es justamente el partido de extrema derecha en Suecia, donde aquel partido ha aumentado su porción parlamentaria – entre 349 escaños – desde 20 escaños hace un par de años hasta 49 actualmente. Y ¿por qué 349 escaños? En los años 70 había 350 diputados en el Parlamento.....pero ¿qué pasa?.....

No obstante, sabemos que figuras destacadas en Francia como Nicolas Sarkozy y Eva Joly, líderes de sus sendos partidos políticos, son los resultados de una inmigración reciente. Eva Joly, del partido ecologista, y una noruega que ha dominado la lengua francesa de una manera impresionante, propuso la supresión de los desfiles militares en el Día Nacional de Francia, el 14 de julio, y levantó una tormenta de indignación y mala comprensión entre los políticos convencionales. Su argumento fue el de que lo militar representa quizá no más de dos o tres por ciento de las

actividades de la población francesa. ¿Por qué no destacar otros aspectos de la vida contemporánea del país? Lo mismo se podría decir de este país, pienso yo. Como migrante en Suecia – y su país hermano Noruega – admiraba yo la manera no militar en que los suecos celebraban su día nacional. Más bien desfiles de hombres y mujeres de todas las provincias del país, vestidos de traje folclórico, etc.

¿Qué experiencia tengo yo de las tribulaciones de la migración? He tenido suerte, creo. Busqué en una agencia de alquiler en mis primeros días en Suecia una habitación en Estocolmo. Una de las dos viejecitas que gestionaban la agencia recorría la lista de personas que ofrecían una habitación y encontró la que me cuadraba bien en el barrio deseado. Pero, ay! decía la otra señora “Aquí ponen extranjeros no”. Y su compañera dijo: “Pero un inglés!” Llamaron, y efectivamente fui aceptado. Un prejuicio por parte de las señoras, tal vez, pero al revés. Pero no os creáis que los suecos sean siempre tan acogedores. Mi mujer, ciudadana sueca aunque viviendo como persona empadronada en España durante más de diez años, fue a Suecia, con Tarjeta de Salud Europea y todo lo necesario, pero cuando pidió allí ayuda médica tuvo que pagar una suma astronómica.

Mejor suerte tenía mi hermano, de Londres, migrante durante unas semanas en este país hace unos años. Visitando el parque de Cazorla en Jaén, salimos de la autovía al informarse mi hermano por un folleto que el pueblo de La Carolina se parecía mucho a Nueva York ya que sus calles están trazadas en forma de cuadriláteros. Las aceras de la ciudad norteamericana suelen estar impecables, pero La Carolina no alcanza su nivel y mi hermano –descuidadamente – tropezó con una piedra grande. Resultado: rápida visita unas horas más tarde al hospital Infanta Sofía de San Sebastián de los Reyes, donde diagnosticaron fractura de un huesillo plantar.

Mi hermano no solamente no había mirado donde pisaba sino que también había olvidado en casa su Tarjeta de Salud Europea. No importa, me dice a mí la recepcionista, basta con la tarjeta suya. Fue el 15 de mayo a la una de la madrugada, y además de San Isidro fue el día de cumpleaños de mi hermano. No solamente eso, sino que también cumplía 60 años. Además, se jubiló aquel día mismo. No es de extrañar que el médico exclamara: “¡Pues Usted entró en su jubilación con mala pata!”

Creo que es aquí donde tenemos la clave. El hecho de que se pueda charlar de cositas de la vida diaria al lado de las circunstancias de la salud se debe, tal vez, a cierta amabilidad y flexibilidad en el entorno español – si no ibérico – del que muchas veces se carece en las tierras escandinavas, donde esta flexibilidad social más bien se encuentra fuera del área de trabajo. Creo que he encontrado en este país cierta, cómo lo vamos a llamar, informalidad, que abarca los mejores cocidos y las mejores fabadas, y que hace más aceptable la vida del migrante.